

Los cuerpos angélicos de la posmodernidad

POR: MARIO BERNARDO FIGUEROA

Gérard Pommier, *Los cuerpos angélicos de la posmodernidad*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2002. 144 páginas.
Traducción: Paula Mahler.

Hacia el final de su texto “El porvenir de una ilusión”, Freud, en 1927, condensa su posición frente a la ilusión que brinda a la humanidad la religión y expone la propia, la de que la ciencia y el mayor conocimiento que gracias a ella acumula el hombre, le dará a éste las herramientas necesarias no sólo para transformar los objetos de la naturaleza y ponerlos a su disposición, sino también para comprender las difíciles relaciones entre los seres humanos y reglarlas de mejor manera. Armada de estos instrumentos la humanidad podría entonces ser consciente de sus limitaciones y prescindir de las promesas de protección y recompensa hechas por el padre de las religiones monoteístas: “Perdiendo sus esperanzas en el más allá, y concentrando en la vida terrenal todas las fuerzas así liberadas, logrará probablemente, que la vida se vuelva soportable para todos y la cultura no sofoque a nadie más. Entonces, sin lamentarse, podrá decir junto con uno de nuestros compañeros de incredulidad:



“Dejemos los cielos
a ángeles y gorriones”¹

Freud consideraba allí que, de esta manera, en el futuro los ángeles podrían ser desalojados de la tierra para que ésta quedara reservada a los hombres y mujeres que al renunciar al padre de la religión dejarían su morada para salir del infantilismo gracias a la claridad que habrían obtenido de una “educación para la realidad”.

La lectura del texto de Gérard Pommier, *Los cuerpos angélicos de la posmodernidad*, me evocó los planteamientos de Freud a los que hice referencia, ya que desde su título Pommier nos plantea que justamente en los actuales momentos la tierra está habitada por ángeles, con la particularidad de que para ellos, al haber perdido el ideal, no hay cielo, ni progreso, ni mundo mejor (más allá o acá) por el que sea necesario luchar o que se pueda transmitir como herencia prometida a la descendencia; es también en este sentido que los cielos están deshabitados gracias a la caída de Dios o de los ideales políticos o religiosos. Así, estos nuevos ángeles han prescindido de los lazos que antes los unían;

Freud, 1927

¹ SIGMUND FREUD, *El porvenir de una ilusión*, en *Obras Completas*, vol. XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1979, pág. 49.

incomunicados en la ilusión de una comunicación perpetua e instantánea pero que no establece contactos eficaces. El lastre del ideal, que al hacernos mirar al cielo nos anclaba a la tierra y nos proporcionaba una temporalidad en la que la historia y el futuro eran posibles, nos permitía habitar nuestros cuerpos, les daba consistencia, los encarnaba y ofrecía un destino a nuestro vacío; los cuerpos, con el apoyo del ideal se consolidaban alrededor de ese vacío pero ahora no sabemos qué hacer con él ni con nuestros cuerpos que, cada vez más reducidos al conjunto de una serie de órganos y funciones, se desintegran en sí mismos al zafarse de los vínculos que mantenían con los otros. Separados de los sueños que nos ataban a nuestros semejantes, los cuerpos se hacen etéreos, flotantes, translúcidos. Intentando recuperar su consistencia los sometemos a desdoblamiento, los agujereamos, buscamos marcarlos, pero estas marcas ya no tienen referente, resultan artificiosas, están desligadas de los mitos y los rituales que antaño sostenía el ideal. El camino que entonces queda es el de un retorno al cuerpo mismo como única causa, como objeto de culto. Y esto porque no todos los ideales se han exterminado.

Retomando el análisis freudiano, Pommier señala cómo la represión posmoderna del ideal concierne sólo al ideal del yo, a aquel que empuja hacia el futuro y lo colectivo, mientras que ante el acallamiento de éste, cobra una fuerza inusitada el yo ideal, que toma como base el cuerpo en la ilusión de un sí mismo, repliegue que termina por reforzar la agresión al semejante y exacerbar la violencia: “Esta presentación del yo ideal podría ser algo que sólo perteneciera a sujetos aislados, aunque sean muchos. Pero no: se colectiviza gracias a un jefe, que le da su nombre a la regresión pulsional, que no lo tiene. Si las religiones del padre son marginales, su ausencia en los cielos hace que nazcan en la tierra. Los “Duce”, “Füher” y otros “Padrecitos de los pueblos” son bastardos de Dios, en el momento de la secularización científica”².

Setenta y cinco años después de la publicación de *“El porvenir de una ilusión”* vemos cómo el sueño de Freud aún no se realiza y el papel que con optimismo esperaba que cumpliera la ciencia y la “educación para la realidad” está en veremos. Más bien ha tenido

un efecto que él no vislumbraba; ciertamente, como lo señala Pommier en su libro, a la ciencia le corresponde una enorme responsabilidad en la caída de Dios-padre, pero ha generado una nueva forma de religión. La ideología de la ciencia, ha venido a ocupar el lugar de la religión; es la que establece el reparto entre lo que está bien y lo que está mal, entre los buenos y los malos objetos, dicta una ética sin sujetos, legisla sobre la sexualidad, el sufrimiento, etc. Es una religión particular porque genera creencias sin solicitar actos de fe, una religión que se ignora a sí misma, lo cual tiene la ventaja de ahorrar la culpa, pero también exige sacrificios, dentro de ellos el de entregar nuestros cuerpos a la ciencia evitando que subjetivemos nuestros síntomas, economizándonos las preguntas sobre nuestros padecimientos, sobre aquello que en éstos concierne a nosotros mismos y a los otros. Se consolida así la angelización de los cuerpos, ya no se es responsable de nada. Como el aprendiz de brujo, la ciencia no ha podido controlar sus efectos y evita preguntarse por ellos, genera ideas y fantasmas que recorren el mundo y que son contrarios a ella misma. Pommier ilustra cómo su base lógica fundamentalmente binaria, a diferencia de la ternaria de los mitos, la religión o los sueños, no deja espacio para el sujeto al tiempo que reprime el ideal. El cientificismo se convierte en certeza desplazando a la duda propia del científico y adquiere un poder objetivador que tiene consecuencias devastadoras: sutura al sujeto cosificándolo y generando a la vez reacciones contra esa cosificación: xenofobia, integrismo, etc. Esta objetivación permite que el liberalismo haga su agosto mediante la “fetichización de la mercancía”, lo que quiere decir que el hombre intenta realizarse en los objetos y no en las relaciones con los otros.

Pero al mismo tiempo, así como está el ángel negro, primera parte del libro, aparece el ángel blanco, al que dedica la segunda. Allí el autor analiza cómo el patriarcado se apoyaba en la separación que imponía entre el amor y el deseo, cómo lo femenino fue repudiado a favor de las exigencias del padre que deman-

² GÉRARD POMMIER, *Los cuerpos angélicos de la posmodernidad*. Buenos Aires, Nueva Visión, págs. 27,28.

daba todo el amor para él, hacia el linaje y la transmisión de la herencia. Hace explícitas las causas del largo triunfo del patriarcado y señala el cambio que se ha dado en la posmodernidad cuando los hombres ya no están conminados a ser padres para dar un hijo a sus padres, a feminizarse y rivalizar con sus compañeras. “La novedad comienza cuando los hombres quieren tener hijos con la mujer que aman, ya no para su padre. Los hijos seguirán llevando el nombre del padre, pero ya no será el nombre del abuelo”³. El padre omnipotente del patriarcado había hipotecado todo el amor en su nombre: “Amar a Dios sobre todas las cosas” y si se amaba era únicamente en su nombre; así el amor se desligó del erotismo.

Según el análisis de Pommier las funciones del padre se reparten en dos espacios: el privado, de la familia y la rivalidad edípica, y el público, sacralizado por el monoteísmo en el que se trataba de rendir culto a un padre muerto. Éste último ha sido el que ha sufrido una gran desestabilización en la época actual, con lo que si bien el muro entre el amor y el deseo se ha derrumbado, el padre de la esfera privada ha tenido que hacerse cargo de estas dos funciones, de donde resulta una fuente de angustia posmoderna al no tener más al gran señor de los cielos que represente al padre muerto.

Las religiones permitían que el padre muerto se distinguiera del vivo, ahora que los dos confluyen en uno, las familias se estallan o se da un reparto secular entre el padre biológico y el que asume el lugar de educador criando a los hijos de otro... en fin, se buscan nuevas maneras para desarticular a ese padre integral.

Sin embargo, para el autor, el defecto paterno no caracteriza esta época ya que desde siempre ha sido propio del padre el mantener una falla, o el funcionar como simbólico a precio de estar muerto. Lo que más bien se habría producido en este momento sería una nueva organización de las familias, nuevas formas de acomodar los nombres del padre, nuevas angustias ya que tras la caída del ídolo celestial la feminidad que éste ocultaba ha salido a flote y mujer y hombre tienen que verse las caras sin el velo que antes los mantenía cubiertos. Ahora más que nunca los hijos son hijos del deseo entre hombres y mujeres. Sin que se dieran cuenta han sido sorprendidos por una libertad que no buscaban.

Se abre así un interesante horizonte para el sujeto y las sociedades contemporáneas para las cuales surge el reto de encontrar otros lazos que no sean ya los de compartir el amor del padre. Los dualismos de las luchas fraternas pierden entonces su sentido, y los amarres políticos de antes quedan al garete y dan pie a la hegemonía de los mercados y la corrupción. La cuestión de si se plantea el fin de la política tradicional se impone. En ausencia de estas causas ideales la voz de “lo político” ya no es más autorizada a hablar en lugar de los sujetos, pero... ¿Podremos tomar la palabra y crear otros nexos?.

Este trabajo de Pommier, escrito en un lenguaje claro, accesible a muchos lectores, introduce sugestivos interrogantes, propone análisis originales que generan nuevas preguntas pertinentes no sólo para los psicoanalistas. Pone sobre la mesa una gran cantidad de problemas contemporáneos y muestra las sutiles articulaciones que existen entre esos problemas. En una época caracterizada por vertiginosos cambios, cuando ella misma quisiera mantenerse al margen de buscarlos, a espaldas de cualquier cosa que le pueda sonar a “revolución”, una mirada sobre ellos resulta refrescante: “Viaje extraño: hay que salir de esa humanidad de ayer para encontrar una humanidad todavía ignorada, salvaje. ¿Quién dijo que no existía más tierra desconocida?”⁴ ... A lo mejor se impone alimentar con otras ilusiones el porvenir.

³ *Ibid*, pág. 99

⁴ *Ibid*, pág. 105